

Fotos

De la vida de un peregrino.

Recogido en la comunidad menonita.

∞

Publicado

de

Jacob Ellenberger

Predicador en la congregación menonita en Eichstock, Baviera.

∞

Para el beneficio de nuestros propósitos misioneros
menonitas.

∞

Autopublicado por el autor

1878.

De la vida de un joven menonita.

(Según sus documentos disponibles.)

∞

- a. valora a las personas que tienen habilidades .

Los siguientes sucesos tuvieron lugar durante mi época escolar. Desafortunadamente, la escuela de nuestro pueblo [en Gönnheim] estaba en un estado lamentable. El propio maestro era extremadamente pobre en conocimientos, y no se podía aprender mucho de él. Por lo tanto, me enviaron a Friedelsheim, a la escuela de nuestros menonitas, donde aprendí a leer, escribir y aritmética bastante bien, y también a cantar un poco. Sin embargo, geografía, alemán, ejercicios de escritura , dibujo , etc. , eran asignaturas desconocidas en una escuela primaria de aquella época. No obstante, practicaba estas asignaturas en privado, por voluntad propia, tanto como podía; y mediante la lectura diligente de diversos libros, pude adquirir algunos conocimientos y, por lo tanto, no era del todo ignorante de geografía.

Era a principios de 1814. Los franceses, al retirarse de Rusia , ya habían huido a través de las fronteras alemanas, y las fuerzas militares rusas estaban estacionadas en mi ciudad natal, como en otros lugares.

En aquellos días, tuve que guiar a un oficial de alto rango a Freinsheim. El viaje se hacía en un carro tirado por caballos, un tipo de carroza común entre los rusos. Tenía que sentarme frente a él, de frente . El cochero, sentado en el pescante, guiaba los caballos.

El oficial hablaba muy bien alemán. Al salir del pueblo, me preguntó los nombres de los lugares que podíamos ver a nuestro alrededor. Luego me preguntó sobre la ubicación de ciudades más grandes, como Mannheim, Maguncia, Múnich, Berlín, San Petersburgo y París, y finalmente sobre varios países. Gracias a mi extensa lectura, pude darle respuestas bastante precisas a todas estas preguntas.

En Freinsheim se visitó a un oficial de alto rango que se encontraba en casa del juez de paz Retzer .

Estaba abajo, en una habitación donde, según me pareció, se alojaban los sirvientes. De repente, la puerta se abrió y entró mi oficial. «Ah, aquí está mi compañero de viaje», me tomó de la mano y me condujo arriba, a un amplio y hermoso salón donde se encontraban reunidos varios caballeros vestidos de civil y oficiales, y me presentó como su compañero de viaje, con quien había disfrutado de una conversación muy agradable durante el viaje. Al principio, me sentí algo tímido. No me extraña, nunca antes había estado en una compañía tan numerosa y distinguida. Pero parecían disfrutar, y así pronto gané confianza.

Llegó la hora de sentarme a comer y quise irme; pero mi oficial, tomándose de la mano, me dijo: «No tan rápido, cenarás con nosotros». Así que comí muchos platos que no conocía. Pero estaban muy buenos. Y con la buena comida, bebimos un vino delicioso en magníficas copas.

Entonces el anfitrión se me acercó, me puso la mano en el hombro y dijo: «Bueno, pequeño geógrafo, el vino que está bebiendo no se cultiva aquí, sino en España, y lleva el nombre de la ciudad cercana: Málaga . ¿Y puede decirme

dónde está España?». Di la dirección con total precisión, a lo que mi oficial respondió con orgullo: «Mi compañero de viaje lo sabe todo».

Por la tarde volvimos en coche y me regaló un Kronenthaler (4 M. 63) con el que debía comprar un buen libro.

- b. Cómo Dios ayudó a este joven a comprar la biografía de Stilling.

Los años húmedos y costosos de 1816 y 1817, que me trajeron tantas dificultades , fueron, en otro sentido, años de bendición. Pues la miseria general y la gran angustia de aquellos días me despertaron de mi letargo y me atrajeron poderosamente hacia el Señor. Además, me embargó un gran amor por la lectura; de hecho, podría decirse que era una adicción a la lectura . Leía día y noche, y jamás me llegaba el sueño. Afortunadamente, solo tenía en mis manos buenos libros. Terstegens, Arndts, Kempis, Bunhans , Stillings y otros libros cristianos eran lo que leía con verdadera avidez en aquella época. Los escritos de Stillings me atrajeron especialmente, tanto que los habría adquirido con gusto.

Para adquirirlos, ideé todo tipo de maneras de obtener los fondos necesarios . Claro que también consideré métodos que no eran del todo honestos, pero los rechacé por esa razón y me decidí por el principio fundamental: ¡Nada injusto! Podía estar más tranquilo sabiendo que al Señor nunca le faltan recursos. Y si me concede los escritos de Stilling, también me proporcionará los medios legales para obtenerlos. Y los recibí de la manera más extraordinaria. Es decir, de la siguiente manera:

Un domingo fui a nuestra iglesia en Erpolsheim. El sermón trataba sobre el Evangelio de la viuda pobre que dio dos moneditas (Lucas 21:1-4). El sermón me impactó profundamente. De camino a casa, reflexioné sobre él y se me ablandó el corazón. Entonces, un anciano pobre se acercó a mí y me pidió limosna. Llevaba todo mi dinero ; consistía en una moneda de seis pfennigs (69 pfennigs), que me sirvió de base para comprar los escritos de Stilling. No pude negarme; al contrario, se lo di todo con gusto. Era evidente que este regalo lo sorprendió con alegría, y quiso dar las gracias con creces. «¡Que el Señor te recompense abundantemente!», dijo en agradecimiento.

Esto agotó mis fondos para comprar los libros de Stillings. ¿Y no me había alejado de mi objetivo, en lugar de acercarme? No.

Frente a nuestra casa había una posada . Un día, un distinguido jinete se detuvo allí. El posadero se acercó y me dijo: «¡Jakob! No tengo a nadie en casa ahora mismo. ¿Sería tan amable de cuidar el caballo del forastero para que yo pueda atenderlo como es debido?». Desenfrené el caballo y le di agua y pan. Luego lo volví a enfrentar, lo que me costó mucho hasta que le cogí el truco ; pero finalmente lo logré. Antes de montar, el caballero examinó mi brida ; quedó muy satisfecho y me dio dos monedas de seis peniques .

En otra ocasión, estaba frente a la casa de mi padre al anochecer. Pasó un carro ; se detuvo, y uno de los caballeros que iban dentro me preguntó cuánto faltaba para Wachenheim. Le di la información solicitada, y él me hizo otra pregunta: ¿sería tan amable de acompañarlos a Wachenheim con una linterna? Por supuesto, con gusto lo

hice, fui a buscar la linterna y me senté en el asiento del conductor junto a él.

Cuando estábamos cerca de Wachenheim, los caballeros del carro preguntaron por la mejor posada del pueblo, y tras informarles lo mejor que pude, hicieron que el cochero se detuviera y encendiera los faroles del carro. Una vez hecho esto, me dijeron: «Ya pueden regresar; nos orientaremos en Wachenheim». Bajé, les deseé buen viaje y me marché. Entonces los caballeros me llamaron de vuelta al carro y me preguntaron: «¿Nos mostró el camino y ahora quiere regresar con las manos vacías?». A lo que respondí: «Solo hice lo que uno está obligado a hacer con cualquier extraño ». Los caballeros respondieron : «Es cierto; pero también tenemos la obligación de mostrarle nuestro agradecimiento. ¡Dame la mano en señal de despedida!». Dicho esto, me puso unas monedas en la mano y el carro siguió su camino.

A la luz de mi linterna, conté el dinero. Había 48 monedas de seis pfennigs, es decir, 4 florines y 48 kreuzers. A esto añadí mis dos billetes de seis centavos , lo que sumaba un total de 5 florines y 36 coronas (M. 60). – Algun tiempo después compré **La vida y el hombre gris de Stilling** en una biblioteca de préstamo de Mannheim por la suma de **cinco florines y treinta y seis kreuzers** .

- c. El mismo joven hacía viajes de vacaciones cuando era alumno en Beuggen.
 - 1. De regreso a casa, a Baden y Württemberg.

Mi primer viaje tuvo lugar el 25 de abril de 1825 con el alumno Beuderbeck , un joven querido, serio, tranquilo y cristiano, a mi patria, y de allí a Baden y Württemberg.

El 2 de mayo, al anochecer, llegué a casa con mi compañero de viaje, mencionado anteriormente, junto con mi padre y mis hermanas; nos recibieron con alegría. Nos quedamos allí diez días, hicimos muchas visitas y asistimos a un servicio religioso en el patio del hospital.

Al iniciar nuestro viaje de regreso, caminamos desde Friedelsheim, vía Speyer, hasta Graben, donde se encontraba el conocido pastor Heuhöfer , quien se había convertido del catolicismo al protestantismo . Lo escuchamos predicar el Día de la Ascensión. Después del servicio, lo visitamos y, acompañados por un amigo cristiano de Württemberg, fuimos a Kleinsteinach y, al día siguiente, el 12 de mayo, a Mühlhausen, donde visitamos al Sr. Bronnenkant , antiguo alumno de Beugger .

En Mühlhausen conocí a las familias que habían abandonado la Iglesia Católica con el pastor Henhöfer . Aún conservaban la chispa del primer amor y un verdadero espíritu de paz impregnaba su ser. Una visita al castillo fue de especial importancia para mí. Steinegg, en casa del barón von Gemmingen, de quien conocí la historia de su alejamiento de la Iglesia católica junto con los miembros adultos de su familia. Como recuerdo, me regaló: " Confesión de fe cristiana del pastor Henhöfer de Mühlhausen".

Desde allí viajamos vía Pforzheim a Leonberg, donde visitamos brevemente al Sr. Josenhans , probablemente el padre del actual inspector de la casa de la misión en Basilea.

El Sr. Josenhans nos acompañó parte del camino hasta Kornthal , donde llegamos al mediodía y fuimos recibidos con gran hospitalidad por nuestro antiguo profesor en Beuggen, el Sr. Barner.

Kornthal , una colonia fundada por G.W. Hoffmann, habitada exclusivamente por cristianos devotos de Wurtemberg , me causó una muy buena impresión. Es conocida por sus excelentes instituciones educativas. Su lugar de culto no es una iglesia con púlpito, sino una sala de oración con un atril alrededor del cual los jóvenes se sientan en semicírculo durante los servicios. Me impresionó especialmente una hora para niños que el Sr. Cullen organizaba al aire libre bajo la sombra de los árboles los domingos por la tarde .

El domingo por la noche salimos de Kornthal hacia Stuttgart, la capital de Wurtemberg, donde debíamos entregar cartas al comerciante Häring. Al entregárselas, nos invitó con tanta amabilidad y urgencia a quedarnos con él que habría sido una inmodestia no aceptar. Durante nuestros paseos por la ciudad, también tuvimos el placer de ver al rey cenando en un salón ajardinado. Fue un evento verdaderamente real; pero de todas las cortes reales, esto fue lo único que pudimos observar. Sin embargo, en contraste con nuestra sencilla comida institucional, también fuimos tratados con realeza por todos los queridos amigos cristianos, muchos de los cuales visitamos en Stuttgart ; así que, también en este aspecto, obtuvimos impresiones de la vida real .

El día de nuestra partida, nuestro querido posadero , el señor Häring, llegó a nuestra habitación temprano, antes del amanecer, nos despertó y dijo: «Lamento perturbar su sueño. Un viaje de negocios urgente me obliga a irme

rápidamente y vengo a despedirme de ustedes». Se acercó a cada una de nuestras camas y nos despidió con un cordial saludo. Le deseamos buen viaje y buenos negocios. Al marcharse, dijo: «Aquí, en la mesa, les dejaré un pequeño recuerdo». Y con eso, se marchó a toda prisa. Por la mañana, encontramos dos hojas de papel dobladas, y en cada una había tres coronas de viaje (13M. 89). ¿No deberíamos entonces recordar las palabras del Salmo 127:2: «Él da a sus amigos incluso mientras duermen»?

Después del desayuno, nos despedimos de la Sra. Häring y del personal doméstico cristiano y partimos hacia la ciudad universitaria de Tübingen. Allí teníamos que hacer recados para un estudiante cristiano llamado Vogler y para el profesor Steudel , quien nos había invitado a almorzar. El profesor y su esposa conversaron animadamente en la mesa, y me sorprendió mucho que este erudito caballero conversara con tanta atención con nosotros, los alumnos de Beugger .

En Balingen visitamos a Jakob Baumann, un joven comerciante de lino que solía hablar en beuggen, y a su madre y hermana. Eran una familia encantadora y cristiana. Por la noche, la anciana madre nos invitó a una sopa de cerveza que fácilmente podría rivalizar con una buena sopa de vino.

Ahora nos dirigimos a Tuttlingen. Allí cumplimos con las tareas que nos asignaron el Ayudante Rommel y el Juez Klett, dos queridos hombres de Dios. Cruzamos la frontera de Baden hacia Schaffhausen. En las alturas de Tuttlingen , descansamos un rato y disfrutamos de la magnífica vista de las montañas suizas y el lago de Constanza. Allí nos

adelantaron peregrinos que nos acompañaban a Schaffhausen. Eran jóvenes de ambos sexos que hacían esta peregrinación con verdaderas intenciones piadosas, pues creían que era una obra mediante la cual podían ganarse el camino al cielo, como se enseña en su iglesia.

Con gusto conversamos con ellos y aprovechamos la oportunidad para señalarles que la Palabra de Dios enseña clara y definitivamente que no podemos ganarnos el cielo ni la salvación mediante nuestras buenas obras, aunque sean las mejores y más nobles a los ojos humanos, sino que somos justificados y salvos, y por lo tanto herederos del cielo, solo por gracia mediante la fe en Cristo Jesús . A esto respondieron: «Sí, no se nos permite leer la Palabra de Dios; solo nuestros sacerdotes pueden leerla, y debemos creer lo que nos enseñan». Entonces les preguntamos: «¿En quién creen más: en Dios y su Palabra, o en el Papa y sus sacerdotes?». No sabían qué decir, pero sugirieron que el Papa estaba por encima de Dios en este asunto. ¿Podíamos dejarlo así? No, fuimos un paso más allá, sacamos nuestros pequeños testamentos del bolsillo y les leímos los siguientes pasajes: «Escudriñad las Escrituras; porque en ellas pensáis que tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí» (Juan 5:39). “Si alguno enseña otra cosa, y no permanece en las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo y en la doctrina de la piedad, está entenebrecido y nada sabe, sino que está plagado de discusiones y contiendas de palabras, que dan lugar a envidias, pleitos, calumnias, malas sospechas , etc. ” (1 Timoteo 6:3-5). “Pero si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciase un evangelio contrario al que os hemos anunciado , sea anatema” (Gálatas 1:8). Entonces algunos dijeron —y se notaba que hablaban en serio—: «Nos

encantaría leer la Palabra de Dios, si tan solo pudiéramos tenerla». Respondimos a su deseo invitándolos esa noche al manzano del Sr. Alexander Beck o al rosal del Sr. von Peier ; queríamos asegurarnos de que su deseo se cumpliera. Con este acuerdo, nos despedimos de ellos. Su sinceridad se notaba en su asistencia o ausencia. Y efectivamente vinieron.

Nos alojamos con el Sr. von Peier , en cuya casa también conocimos al Sr. Alexander Beck. Compartimos con ambos caballeros nuestras experiencias del viaje, nuestra conversación con los peregrinos y la promesa que les habíamos hecho, y ellos accedieron de inmediato a cumplirla. Cuando llegaron las buenas personas, cada una recibió una Biblia como regalo. Fue casi conmovedor ver cómo tomaron el libro con reverencia y santo temor y lo besaron . Se les despidió con la exhortación de leerlo diligentemente y pedir a Dios la iluminación para una correcta comprensión . Su alegría y gratitud eran inconfundibles; pues cuando nos estrecharon la mano en señal de despedida, apenas pudimos evitar que nos besaran la nuestra . Qué fue de ellos, por supuesto, no lo sé; pero la palabra de Dios encierra la promesa de que no volverá con las manos vacías. Isaías 55:11.

puerta de la sala se abrió de repente y, para diversión de todos, entró un ciervo joven y domesticado. Ante la invitación del anfitrión para presentar sus respetos a los invitados, se acercó, inclinó la cabeza hasta el suelo y escarbó. Tras presentar sus respetos a los invitados en la mesa redonda, se acercó al anfitrión, quien lo acarició, le dio una golosina y lo soltó.

Ahora era hora de regresar a mi querido Beuggen. Pero ¿cómo podía irme de Schaffhausen sin mencionar las mundialmente famosas Cataratas del Rin? ¡Este magnífico fenómeno natural, donde la omnipotencia aparece en su grandeza y la humanidad en su pequeñez e insignificancia ! El espectáculo es más magnífico al pie del Castillo de Laufen. Allí, el espectador se encuentra bajo el refugio de un balcón de madera . El suelo tiembla bajo sus pies, y delante y por encima de ellos, el agua, blanca como la nieve, rueda, hirviendo, silbando y espumosa en una carrera furiosa y con una fuerza aterradora hacia las profundidades. En el lado opuesto, las cataratas aparecen en toda su belleza. Si el sol brilla en el momento justo, se forman arcoíris en la fina niebla que llena todo el aire y moja la ropa del espectador. La vista es sobrecogedora. Esta poderosa catarata (cascada) tuvo tal efecto en mí que pensé que todavía podía escuchar su rugido en sueños esa noche, y me sobresalté y desperté.

2. Viajar a Zurich sin pasaporte.

Con la intención de visitar a unos amigos de la zona, salí de Beuggen con algunos de mis alumnos durante las vacaciones escolares. No habíamos planeado un viaje más largo, ya que el tiempo era muy lluvioso. Pero, ¡oh sorpresa!, de repente las nubes se desvanecieron, el cielo se volvió despejado y brillante, y el sol brilló radiante y cálido. Entonces despertó nuestra pasión por viajar, y sin más dilación, decidimos viajar a Zúrich.

Por el camino, nos encontramos con otros estudiantes y con nuestro profesor de música, Beutenmüller, a quienes les picó el gusanillo de viajar igual que a nosotros. Pero ninguno de nosotros tenía pasaporte ni ningún tipo de identificación.

Al llegar a la puerta de la ciudad de Zúrich, nos detuvo el guardia y nos exigió los pasaportes. Nos miramos, avergonzados.

El oficial dijo: "Es evidente que no sois vagabundos, pero ¿cómo es que, siendo extranjeros, osáis viajar sin ningún tipo de identificación?"

Le informamos abiertamente de nuestra inesperada decisión de emprender este viaje y esperábamos un juicio severo .

"¿Con quién piensa alojarse?", preguntó el oficial. "¡Con el Sr. Kaufmann Wichelhaus!", fue nuestra respuesta.

"¡Está bien!", dijo. "¡Así que nos vemos ahí esta noche!" Y con eso, nos despidió amablemente.

Señor Wichelhaus Relatamos nuestra aventura en la puerta y nos enteró por él de que ese oficial había sido invitado a una celebración familiar en su casa esa noche. Llegó la noche. El amable oficial apareció. "¿Dónde están mis prisioneros?", preguntó nada más entrar. El Sr. Wichelhaus nos lo presentó. Y entonces nos recibió como a un amigo, y dijo con aire oficial, pero en tono de broma: "¡Caballeros y amigos, los declaro libres!"

Pasamos una velada muy agradable en compañía de esta casa; sin embargo, la aparición en la puerta dio lugar a unas bromas alegres e inofensivas que aceptamos con mucho gusto.

En Zúrich también visitamos a Antistes Hess. Estaba celebrando su 90.^º cumpleaños y ese día pudo decir: «Tiene el pelo blanco, pero sus ojos son como los de un águila».

Como recuerdo, nos regaló una Biblia de Zúrich, que aún conservo.

Nota del editor: El joven de aquel tiempo es ahora un anciano de cabello plateado, que ha llevado los honores y las cargas del oficio de la escuela durante 44 años, y todavía lleva los del oficio de predicación hasta el día de hoy.

3. Viaje a Berna y a través de la Münsterthal .

Cuando una institución como Beuggen da vacaciones a sus alumnos, las aulas se vacían enseguida. Los planes de viaje suelen estar ya hechos, así que a la mañana siguiente se puede ver a los hermanos partiendo alegremente en grupos de dos o tres. Sin embargo, si varios viajan juntos, tardan un poco más en prepararse para el viaje.

Lo mismo ocurrió en el otoño de 1925. Varios alumnos, entre ellos yo mismo, emprendimos un viaje a Berna.

Durante los primeros días tuvimos lluvias constantes, lo que obligó a algunos a regresar en Burgdorf. Según supimos más tarde, llegaron a Beuggen justo cuando la lluvia amainó y el tiempo mejoró.

Nuestro viaje nos llevó de Basilea a Liestal, Olten, Aarburg, Zofingen, Surseen , Huttwil , Burgdorf, Hofwyl y, finalmente, a Berna, la hermosa ciudad suiza en una península a orillas del río Aar. A pesar de la lluvia y el barro, disfruté muchísimo de los magníficos paisajes. Y las numerosas muestras de cariño y hospitalidad que encontramos en todas partes durante este viaje nos hicieron bien , enriqueciendo nuestras vacaciones tanto física como mentalmente, y facilitando nuestras caminatas. Solo puedo recordarlo con gratitud y alegría.

Hofwyl , la interesante institución del señor von Fellenberger
_me resultó muy extraña . Su ubicación es espléndida, y el
espíritu fresco y piadoso que allí reina es muy beneficioso.

Según un informe del Dr. A. Ostertag, quien se quedó en esta institución durante dos semanas en 1836 para aprender sobre la naturaleza de su sistema de enseñanza y educación, así como su punto de vista religioso, el propósito de la institución era noble y grande, únicamente de Fellenberger. Los principios eran decididamente racionalistas. Fellenberger habló abierta y francamente sobre esto en Ostertag . Por citar solo un ejemplo: Fellenberger comentó sobre el pecado original, diciendo: «Es un sueño de teólogos». Además, en la institución nunca se rezaba durante las comidas. Por lo tanto , no podía tener futuro, a diferencia de instituciones similares que, sin embargo, se basaban en el espíritu de Cristo. Hofwyl no se fundó en Cristo como roca. Sin embargo, podía causar la mejor impresión en un visitante casual, ya que el Sr. von Fellenberger era una personalidad noble, inteligente y refinada que dedicaba toda su fuerza y amor a su causa. También había algunos hombres creyentes en la Biblia entre el profesorado. [Nota del editor]

A partir de entonces, tuvimos un tiempo espléndido, lo que me permitió ver y disfrutar de los paisajes berneses, bañados por un sol radiante que lo hacía todo tan agradable. Estos encantadores paisajes a menudo me llenaban de asombro y admiración. Ni que decir tiene que no perdimos la oportunidad de ver a los osos en Berna.

Después de una estancia de diez días, parte en Berna y parte en los alrededores, iniciamos nuestro viaje de regreso, vía Laupen. Murten, Erlach , la institución morava Mont Mirail , Lole , La Chaux- de-Fonds, Neuschatz vía Münsterthal . En Münster, visitamos a la madre de Samuel Gobats, entonces estudiante misionero y ahora obispo de Jerusalén, y a varias familias menonitas . En particular, planeábamos visitar a la familia menonita Moser , conocida como Champothans , en

Kleinmünster, donde tuvimos una pequeña aventura que relataré aquí.

Una noche, nos encontramos con un menonita en la calle. (En aquel entonces eran fácilmente reconocibles por sus ropas grises con cabestros y sus barbas). Le preguntamos por Johannes Moser, y nos dijo que vivía a media hora de Kleinmünster, en lo alto de la colina. De camino, le preguntábamos con frecuencia para asegurarnos de que íbamos por buen camino hacia la casa de Hans Moser. "¡Si no, sí!", era la respuesta habitual. Cayó la tarde y seguíamos sin ver rastro de vivienda. Finalmente cayó la noche y un denso bosque nos envolvió en una oscuridad terrible. Nos asustamos y empezamos a pensar que nos habíamos perdido. Entonces, de repente, oímos ladrar a unos perros y nos dirigimos hacia ellos . Por fin, llegamos a lo que parecía ser una vivienda humana.

Entramos y lo primero que vimos fue una gran cocina donde ardían varios fuegos, alrededor de los cuales estaban sentados grupos de hombres, mujeres, jóvenes y señoritas, aparentemente preparando su cena y hablando alemán y francés.

Dijimos: "¿Vive aquí Hans Moser?"

"¡De lo contrario, probablemente!", fue la respuesta.

Mi compañero de viaje estaba terriblemente asustado y pensó que nos habíamos encontrado con una banda de ladrones .

Aparte de la lacónica respuesta: "¡De lo contrario, probablemente!", no recibimos más información y nadie se preocupó por nosotros.

Abrí una puerta y también allí había gente de todas las edades y sexos, de lengua alemana y francesa, algunos de pie, otros sentados y otros tumbados en el suelo, llevando diversos tipos de equipaje.

Era una habitación larga y estrecha. Al fondo de la puerta de entrada había una mesa, frente a la cual se sentaba un anciano pequeño, con su gorra blanca y puntiaguda calada hasta las orejas, dormido, con el brazo apoyado en un libro del tamaño de un folio enorme. Junto a la mesa había un armario abierto y lleno de libros, botellas, frascos y tarros.

Finalmente, el hombrecito dormido levantó la cabeza y gritó un nombre. De entre la multitud, alguien se acercó a él; le habló en voz baja, escribió algo y le entregó algo, tras lo cual el hombre despedido se marchó; entonces se pronunció otro nombre.

Mi compañero de viaje me susurró: "¿Crees que somos una banda de ladrones? ¡Ese hombre es su capitán, dando órdenes a sus subordinados!"

Entonces me acerqué al hombrecito que estaba sentado a la mesa y le pregunté: "¿Hans Moser vive aquí?"

"¡De lo contrario, probablemente!"

"¿No eres quizás el mismísimo Hans Moser?"

"¡De lo contrario, probablemente!"

"¿Conoce al señor Angas ?"

"¡De lo contrario, probablemente!"

Luego hizo un gesto de desdén, indicándome que esperara mi turno. Retrocedí hacia mi compañero de viaje, pero no pude ofrecerle ninguna noticia tranquilizadora.

Un joven alto, guapo y bien vestido estaba a punto de pasar junto a nosotros. Lo detuve y le pregunté si podíamos comer algo.

"¡De lo contrario, probablemente!", fue la respuesta, y se fue.

Mi compañero dijo: "¡No puedo comer nada!" Le dije: "¡Oh, come , todos tenemos que morir!"

No tardó mucho en traernos carne asada, ensalada y patatas, y nos preguntó si queríamos vino. Wörner, así se llamaba mi compañero de viaje, dijo inmediatamente: "¡No!". Pero yo dije: "¡Sí, solo tráenos una botella de buen vino!".

Mi querido Wörner estaba aterrado; no comía ni bebía mucho. Yo, en cambio, lo encontré excelente.

Mientras retiraban los escombros, pedí que me asignaran un lugar para dormir. Wörner dijo: «No puedo dormir». «Muy bien», dije, «entonces te quedarás despierto y me despertarás si lo necesito ».

Una escalera bastante destortalada conducía a la habitación donde íbamos a dormir. Tenía dos buenas camas, aunque una de ellas ya estaba ocupada. Wörner me susurró:

"¡Llévate el dinero y el reloj!". Dije en voz alta: "¿De qué servirá eso?".

Cuando intenté dormirme, mi compañero de viaje, atormentado por el miedo, me dio un codazo. Finalmente, el sueño también lo venció, y yo tuve paz.

Un ruido nos despertó por la mañana, y el apuesto joven se paró frente a nuestra cama, nos ofreció los buenos días y dijo que pronto regresaría a recogernos.

Apenas nos habíamos levantado de la cama y nos habíamos vestido con lo mínimo cuando llegó y nos obligó a seguirlo. Nos condujo a una magnífica habitación, algo que no esperaba encontrar en estas montañas. Contenía un sofá, sillas tapizadas, un lavabo con palanganas, jabón, un peine y zapatillas. Él, el joven, se paseaba de vez en cuando y era sumamente amable, pero evitaba cuidadosamente cualquier pregunta que le hicieran. Finalmente, después de que terminamos de asearnos, nos invitó a desayunar. Lo seguimos, y nos condujo a la sala de estar, donde nos esperaban su padre, el anciano de la gorra puntiaguda junto al gran libro, y su madre, una venerable matrona de cabello canoso.

Apenas entramos, los dos ancianos se acercaron, nos saludaron con el cordial saludo suizo: "¡Grüß Euch Gott!" (¡Dios los bendiga!) y nos pidieron perdón por la indiferencia recibida en su casa. ¡Simplemente nos habían confundido con desconocidos que buscaban consejo médico y ayuda del padre !

Hans Moser era un médico de fama mundial y los desconocidos eran todos personas que buscaban ayuda.

Cuando les conté el miedo de mi compañero de viaje, que creía que nos habíamos encontrado con una banda de ladrones , la anciana madre lloró y no quedó satisfecha hasta que le concedimos su petición de quedarse con ellos un día más. La buena madre hizo entonces todo lo posible por compensarnos por la aventura vivida. – Un paseo por Merece la pena visitar Münsterthal : es como una Suiza en miniatura.

4. Viaje a Weisenstein .

El Weisenstein es el equivalente suizo del Rigi. Diez o doce alumnos, incluyéndome a mí, planeamos visitarlo al comenzar las vacaciones de verano de 1826. Nuestro profesor de música, el Sr. Beutenmüller, dirigía el grupo.

Nos levantamos temprano a las 2:00 a. m. y nos preparamos para el viaje. Uno de los doce , Johannes Schlosser, nos sorprendió con un delicioso pastel para desayunar, que él mismo había horneado. El tren partió a las 3:30 a. m.

Era una mañana gloriosa mientras caminábamos por la zona cubierta de rocío. Caminamos por pasillos de cuentas. Nuestro camino nos llevó, pasando por Rheinfelden, a Bubendorf. Nos detuvimos en los baños termales, ya que un antiguo alumno de Beuggen era profesor particular allí y quería unirse a la visita.

La mayor parte del grupo se adelantó, mientras que nosotros dos, Schlosser y yo, esperamos con el tutor hasta que él también estuviera listo y equipado para el viaje. Durante la espera, conversamos con la madre del posadero , una devota cristiana que conocía personalmente a Stilling y lo tenía en alta estima. Nos reuniríamos con el resto del grupo en Wallenburg , donde almorzaríamos.

Cuando llegamos a la puerta de la ciudad de Wallenburg , había un guardia rural que nos preguntó: "¿Son ustedes de Biggen ?" [Beuggen en suizo]. A nuestra respuesta "¡Sí, por supuesto!", dijo: "¡Entonces, caballeros, deberían seguirme!"

Nos condujo a una casa grande y hermosa, pero no era una posada. Allí encontramos a nuestros hermanos sentados alrededor de una mesa bien servida, comiendo y bebiendo, de un humor muy alegre y gozoso.

Nada más entrar, apareció una chica amable, nos recibió con cariño y nos pidió que la siguiéramos. Nos condujo a cada uno a una habitación separada donde había agua para lavarnos , una camisa limpia, calcetines y pantuflas. Nos pidió que nos pusiéramos cómodos y luego desapareció. No sabíamos qué significaba, pero agradecidas, usamos las comodidades.

Después de limpiarnos el polvo y refrescarnos cambiándonos de ropa, volvimos a la posada y comentamos a los demás : "¿Parece que han visitado una posada peculiar con una casera rara?"

"¡Silencio!" dijeron, "no estamos en un restaurante".

"¿Pero con quién?"

"¡No lo sabemos!"

Entonces, ligera como una figura angelical, la Virgen apareció flotando, instándonos a los rezagados a sentarnos y servirnos lo que nos quedaba, pues el almuerzo tardaría en llegar. Y, ligera y elástica como había llegado, desapareció. Volvió varias veces así; cada vez nos dirigió unas palabras amables,

se disculpó porque la comida aún no estaba lista, y luego se escabulló ágilmente.

Finalmente llegó, nos invitó a almorzar con una amabilidad entrañable y nos condujo al comedor, a una mesa repleta de comida. Allí nos pidió: «Nos gustaría cantar unas estrofas antes de la comida, como hicimos en Beuggen».

A lo que nuestro profesor de música respondió: “Estaríamos encantados de hacerlo , pero ¿no le gustaría decirnos también con quién tenemos el honor de disfrutar de tan noble hospitalidad?”

—¡Oh! —exclamó, en un tono que expresaba a la vez sorpresa y alegría—. Debo disculparme sinceramente con los caballeros por haberlos mantenido en suspense durante tanto tiempo . Creía que lo sabían . Pero ahora lo tengo claro : los conozco del último festival de Beuggen , pero es imposible que conozcan a todos los asistentes. Están con el secretario del distrito, el Sr. Schneider, y yo soy su hija. Lamento que su padre no esté en casa.

Ahora comprendimos el motivo de esta hospitalidad . Cantamos con alegría algunas estrofas y luego disfrutamos muchísimo de la comida. Nuestra amable anfitriona nos contó que su padre estaba visitando a su yerno, el pastor Jaquet, en Glai .

—Debes pasar por aquí de nuevo en tu viaje de regreso — preguntó— . Entonces volverá a casa. ¡Qué feliz estará! Es un gran aficionado a la música y al canto.

En nuestra despedida, que tuvo lugar después de las tres, nos hizo prometer que regresaríamos con toda seriedad, y para

asegurarnos de ello, tuvimos que quedarnos con las camisas y los calcetines puestos y dejar los nuestros para que los lavaran . Pero solo yo y otras dos personas cumplimos nuestra palabra. Los demás tomaron una ruta diferente para el regreso.

El secretario del distrito era un hombre mayor, pero sumamente amable y animado. Pasamos una velada muy agradable con él y su encantadora hija.

Desde allí nos dirigimos a Weisenstein . Acompañados por un guía, llegamos a la posada alrededor de la medianoche , pero no encontramos entrada , pues todas las habitaciones estaban ocupadas por desconocidos y todos dormían tan profundamente que todo nuestro ruido y gritos fueron en vano. Primero, buscamos refugio del frío nocturno bajo un cobertizo. Allí me quité la camisa empapada de sudor y me puse una seca. Luego fuimos al Kulm [el pico más alto de la montaña] y encendimos una hoguera, que nos calentó por un lado, pero en el lado opuesto al fuego nos congelamos terriblemente. Al amanecer, también nos dimos cuenta de que nuestro campamento estaba muy cerca de un precipicio aterrador, en el que el viento empujó la sombrilla de seda de nuestro profesor de música, y que fácilmente podría haber sido peligroso para nosotros también. El amanecer, sin embargo, nos hizo olvidarlo todo. Hay que ver algo así para hacerse una idea real. Como una bola de fuego, el sol salió por el este, dorando el magnífico paisaje montañoso. Arriba, el sol brillaba con fuerza, mientras que abajo, la niebla relucía como un mar embravecido. Al pie de la montaña se alzaba la ciudad de Soleura, con forma de cubo; el río Aar serpenteaba como una cinta azul entre las exuberantes praderas, y varios

lagos brillaban como espejos. Era una vista que se podía contemplar eternamente.

Alrededor de las 9 regresamos a la posada, con la esperanza de que un café nos revitalizara; pero el sueño prevaleció. Pedimos camas y cerramos hasta las 3 de la tarde, cuando una comida sencilla sabía mucho mejor.

Luego descendimos por un sendero empinado, pero mucho más corto, hasta Soleura, y cerca vimos el Valle de Cedrón con Getsemaní. Todo el lugar está custodiado y mantenido por un ermitaño. En una suave pendiente yacen figuras de tamaño natural de los discípulos dormidos, y más atrás, junto a un arbusto, el Salvador se arrodilla, y sobre él, entre las ramas, aparece un ángel con el cáliz en la mano. Vista desde la distancia, la escena parece atractiva, pero no es el auténtico Valle de Cedrón ni el Getsemaní de Tierra Santa , sino solo una tenue imitación, por lo que la impresión no es muy profunda.

Renovados y fortalecidos mental y físicamente, regresamos a nuestro querido Beuggen y reanudamos nuestros estudios con renovado coraje.

Éste fue mi último viaje de vacaciones allí.

Por último , no puedo dejar de comentar que el recuerdo de estos viajes de vacaciones todavía despierta en mí la añoranza de la bella Suiza.

∞